



CAPÍTULO VII.

EL CONGREGANTE DE MARÍA.

- I. La Congregación de la Santísima Virgen.—Fúndase en Malinas.—Es Juan recibido en ella.—Conquistas que hace dentro y fuera del Colegio.—Industrias y devociones que practica.
- II. Acaecimiento notable.—Su virtud calificada por el canónigo Froymont.

I

Por este tiempo la Congregación de María, ideada por el celo del B. Pedro Canisio (1550) en Munich, fundada en Roma por el P. Juan de León (1563), aprobada por la santidad de Gregorio XIII (1586), enriquecida de gracias por Sixto V (1586-1589) con el título de María Anunciada, floreciente en 1615 por toda Europa, con increíble rapidez había penetrado hasta los extremos de la tierra y anunciaba con ilustre cuanto numerosa generación de jóvenes, ser en lo sucesivo un valentísimo instrumento del bien de las almas en los colegios de la Compañía.

Diéronse prisa los Padres á organizar en el de

Malinas esta santa institución. Comenzó á correr por las calles el rumor de que en ciertos días y á ciertas horas se juntaban en una capilla interior los alumnos más aventajados en aplicación y conducta, y que allí, ante una imagen de la Santísima Virgen adornada con flores y luces, se dedicaban á ejercicios de devoción en obsequio de la celestial Señora. No faltaron curiosos que fuesen á oír las Letanías, el Oficio Parvo, y aun, si pudieran, las pláticas de los congregantes y demás entretenimientos devotos. Esta sombra de misterio en que andaba envuelta al principio la Congregación naciente hacía más recomendable, pues que la misma novedad servía de cebo á la curiosidad para despertar aspiraciones en los que no hubieran pensado en dar todavía sus nombres.

Según el fin de esta institución, sancionado por el dictámen de los Papas que la condecoraron con privilegios, los jóvenes que en ella se alistaban, fuera de preceder á los demás con el ejemplo de las virtudes, deben señalarse en la devoción á la Virgen Madre de Dios. A Berchmans el solo título de Congregación le pareció divinísimo, y habida de ella más circunstanciada noticia, suspiró con mil ansias por esta honra. Era su vida patente, pública, certificada con suficiencia de probanzas, y á fuer de tal más que bastante para facilitarle la entrada y para ser recibido, como lo fué en breve, con unánime voz y contento de todos los congregantes.

Estaba en su elemento en el seno de la Congregación. Enterneciánsese las entrañas al ver floreciente el culto de su benditísima Madre, y tan estimada la pureza de costumbre por aquella juventud estudiosa; ni tenía palabras con que engrandecer y reverenciar la mucha parte que en esta

santa obra había tomado la solicitud maternal de María, acogiendo bajo su manto y admitiendo por suyos á los que á honrarla se consagraban. Al principio caminaba al paso de los fervorosos, pero luego ninguno se la pudo ganar en la puntual ejecución de las prácticas y en el cumplir el deber de verdadero congregante.

Al calor de la llama de apóstol, que había siempre fomentado en su corazón, altos designios bullían en su entendimiento; ahora que se vió capaz de algún bien, y aun en cierta manera obligado, no le fué posible reprimir los ardores ni dejar de hermanar con el celo las prendas que la naturaleza y la gracia en él habían atesorado. Con esta resolución, empezó á levantar bandera y señal con que ganar devotos á la Madre de Dios. Con nuevo fervor trató primeramente de mostrarse edificativo en obras y palabras. Las mil gracias, esparcidas en su semblante, robaban los corazones; concedíales él aquella libertad que sin menoscabo de la madurez era bastante para inducirlos á cosas de religión. Mirábase su amistad como prenda de virtud; todos la solicitaban; él la franqueaba gustoso, y con finezas de sincera estima, mostradas á tiempo, la estrechaba con vínculos tan apretados, que los más distraídos se dejaban caer en los lazos de sus caricias y razones, y rendían el cuello al yugo de la virtud emprendiendo vida más arreglada. Acreditaron este poderío los tres muchachos que dijimos educados de los cuales abrazaron nuestro instituto, el tercero entró franciscano, reconociéndose los tres deudores de su vocación á los ejemplos y trazas de Berchmans, que con el señuelo de su fina modestia había sabido cogerlos en la red.

Pero los que parecían tener más parte en su ge-

neroso pecho, eran los que ardían como él en deseos de honrar é imitar á la Virgen Santísima. Repetía sin rebozo qué amaba con más ternura á los devotos de María. Pregonaba como una gloria la suerte de ser congregante; pues claro está, decía, que es la Señora muy bizarra y bien nacida, y no dejará de su mano á los que una vez se le entreguen por hijos. Con este fervor agotaba toda su posibilidad hasta lograr la entrada de los condiscípulos en la Congregación de María.

El celo no sabe estar preso en la estrechura de un aula. Al corazón de Juan no se le iban de vista los muchos jóvenes y bien inclinados que había dejado en el Seminario menor. La manera más eficaz de explicar el afecto que les conservaba, era allanarles el camino para ser como él hijos de la Santísima Virgen. Valiéndose de su condición de externo, reanudó relaciones, tratólos con gran ternura, hablóles de su amada Congregación, y no tardaron sus razones en hacer eco en el ánimo de muchos, que solicitaron la honra de pertenecer á ella. La misma diligencia, refieren los Procesos, empleaba con los alumnos de las escuelas públicas y con los de la Universidad. Estos triunfos eran desahogos del deseo de su propia santificación y del celo de la gloria divina que devoraba su alma. ¿Y quién que le hubiera tratado le había de disputar el derecho de reclutar congregantes? Cada cual se persuadía que justamente se trataba Juan como señor de los corazones, cuando con sus maneras agradables y con sus risueñas palabras, lejos de ocasionar desazones, muy raras eran las veces que no lograrse buen lance.

Uno de los adminículos de su industria era su mismo talento. A las composiciones ordinarias de clase añadía con frecuencia, y en ocasiones otras

en verso, trabajadas con mucho esmero, en que ilustraba y engrandecía los amores de Jesús y las glorias de su Madre. El mérito las recomendaba al aplauso de maestros y discípulos; y como el corazón las había dictado, leíalas gustosamente la curiosidad y cebábase la devoción tiernamente en los suaves afectos que expresaban. Entre ellas conservó como tesoro un compañero suyo, religioso que fué, la *Salve Regina*, glosada en graciosos versos latinos.

Le consultaban los congregantes qué devociones harían para honrar á la Virgen y adelantar en virtud. La respuesta se reducía á insinuar con humildad y llaneza algunas de las que él usaba, que eran éstas. Todos los días, antes de entrar en cátedra, procuraba rezar el oficio de la Virgen; añadía algún ayuno que ayudase á la oración; después alguna mortificacioncilla y devoción particular, la del Vía Crucis como tan excelente no la omitía; y estas obras, hechas con fervor y diligencia, éranle preparativos para la Comunión, que solía frecuentar cada quince días ¹, si no es que por razón de festividad la anticipase. Estas cosas, como muy del gusto de la beatísima Virgen, las recomendaba Juan, y alentaba á los jóvenes para que las frecentasen.

Pero al dar á los compañeros cuenta de sus devociones, para tener más á salvo su secreto, omitía la circunstancia que más las avaloraba, conviene á saber, el modo de ejecutarlas. Porque si

¹ Lo que aquí se dice del Santo y era su práctica ordinaria, no debe parecer extraño á nuestros tiempos, pues sabido es que fué menester la bien cortada pluma del P. Cristóbal Madrid, por encargo de San Ignacio, para desterrar la crasa ignorancia de los que tenían por reos de pecado á los legos que comulgaban más de una vez al año.

rezaba el Oficio Parvo, ó el Salterio de San Buena-ventura, había de ser todos los días, siempre de hinojos ó postrado en tierra; si ayunaba, era todos los sábados y vísperas de festividad y con ayuno riguroso; si comulgaba, no lo hacía sin consagrar dos ó tres horas enteras al trato con el dulce Esposo de su alma, y entonces oía dos, lo más ordinario tres misas, sin entrar en cuenta la mayor á que por acompañar al canónigo asistía en la catedral². Si dice que reza el Via Crucis, no dice cómo ni cuándo, que es cada viernes, como refiere el P. Ceparí, en que, traspuesto el sol, á la escasa luz del crepúsculo, encamina los pasos al Calvario; y aquí para andar con más devoción las estaciones y actuarse mejor, y sentir en sí la fuerza de los dolores de Cristo, quisiera caminar á pie descalzo, pero teme los artificios de la vanagloria; sin embargo, su mortificación le enseña un ardid que deja la humildad al abrigo de toda sospecha, porque cubre los pies con un calzado sin suela, que dé libre entrada á las chinillas para que se los lastimen, y al frío para que se los pasmé con la rigidez. ¡Con qué suavidad el Espíritu Santo había abierto en esta dichosa alma aquella fuente de agua viva, que, bullendo, creciendo y saltando con ímpetu, se levantaba al cielo á juntarse con el manantial de todo bien, haciéndole desabridas las cenagosas aguas de acá!

¹ *A communione, binas ternasve horas suavissime cum Deo transigebat: quo etiam tempore gemina, plerumque tria subinde sacra, et praeterea cum Domino Cantore id quod in summo templo canitur audiebat.* (Proc. rom., pág. 346.)

II

RONGA fin á este capítulo la relación de un extraño suceso, que el licenciado Froymont solía contar, y declara la estima que hacía de la virtud del santo joven. Hállase registrado en el Proceso romano¹, y firmado por mano del mismo Froymont, á 18 de Noviembre de 1621. El P. Nicolás Angelini ha sido el primero en publicarle² á la letra y al tenor de las actas. Traducido en romance pasó de esta manera:

Hará cosa de ocho años, estando cerca la Pascua de Pentecostés (1614), de vuelta de la Virgen de Monteagudo, llevaba yo en mi compañía á Juan Berchmans, mi sirviente, de piadosa memoria, que me seguía á pie. Quise pasar por Arschot, país del Brabante. Como éramos viajeros poco experimentados, con súplicas y con dinero logramos el favor de un práctico que nos enseñase el camino. A poco dejónos burlados, lo mismo hizo otro, y emboscados entre matorrales y quebradas sin vereda y sin saber por dónde ir. Perdidos anduvimos buen trecho, y yo con gran sobresalto, porque hacían mucho ruido en mi imaginación los atropellos que solían cometer en aquellas fragosidades los salteadores que por allí andaban. Para acrecentar la congoja, íbasenos cerrando el cielo y anublado de todos

¹ Página 335.

² *Vita di S. Giovanni Berchmans*, 1868, capo v.

modos el norte de nuestras esperanzas. En esto sobrevino una tempestad de centellas tan vivas con truenos tan aterradores, que se nos erizaban los cabellos de puro pavor. Metimonos por una garganta, sembrada de riscos y quiebras por entrambos lados, que apenas daban lugar á nuestra cabalgadura. Iba yo perdido el ánimo con el alma en un hilo: apeéme; hice que montase mi querido Juan, y me puse á caminar á pie como podía. Tenía yo bien experimentada la inocencia y santidad de mi compañero, y sabía cuánto más grato era que yo á los ojos de la divina bondad. Hago luego en voz baja, con todo el afecto y humildad que pude, oración, encomendándome al ángel custodio de Berchmans.

Aquí á los pocos pasos un gran trueno con su fragor estremeció la bóveda celeste, que parecía caerse á pedazos, y arrojar lanzas de fuego contra nosotros. Yo más muerto que vivo levanto los ojos, y veo abalanzarse por una peña de enfrente y venirse rodando hasta abajo una mujer en traje de campesina, que se puso delante de nuestro animal como queriendo estorbarle el paso. Tuve ánimo para dirigirle algunas palabras de cortesía, pero advertí que estaba como enajenada y fuera de sí, porque llamaba á su marido con grandes voces; por las cuales, sospechando yo alguna emboscada, y receloso de que no estuviese por allí cerca su marido, le pregunté qué pretendía con sus clamores. Ella, fuera de tino y como una loca no cesaba de clamar: ¡marido mio!, ¡marido mio!, revolviendo los ojos como una furia, hasta que, echando á huir y voceando á su marido, se nos quitó de la vista. En aquel mismo instante, como si el cielo se declarase por nosotros, el viento calló, fué

escampando, y abriéndose las nubes nos dejaron ver las rutilantes estrellas. Dimos luego sin sentirlo con la población de Arschot, adonde llegamos, loado sea Dios, salvos y sanos sin novedad. Contamos lo acaecido á un buen hombre que nos dió albergue en su casa, y nos insinuó que tal vez aquella mujer sería una hechicera que vivía por aquellas cercanías, pues la figura, traje y señas que de ella nos dió no cuadraban mal con las que nosotros le referimos.

Hasta aquí la relación del suceso, tanto más digno de memoria, cuanto que el canónigo Froy-mont solía celebrarle entre sus amigos, ratificando con encarecidas palabras el alto mérito que reconocía en la inocencia y santidad de su familiar.

